

DESTRUID ESTE TEMPLO, Y EN TRES DÍAS LO LEVANTARÉ - Comentario al Evangelio de P. Ricardo Pérez Márquez OSM

Jn 2,13-25

La Pascua de los judíos estaba cerca, y Jesús subió a Jerusalén, y encontró en el templo a los que vendían bueyes, ovejas y palomas, y a los que cambiaban dinero allí sentados. Y haciendo un azote de cuerdas, echó a todos fuera del templo, con las ovejas y los bueyes; desparramó las monedas de los cambistas y volcó las mesas; y dijo a los que vendían palomas: Quitad esto de aquí; no hagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio.

Sus discípulos se acordaron de que estaba escrito: EL CELO POR TU CASA ME CONSUMIRÁ. Entonces los judíos respondieron y le dijeron: Ya que haces estas cosas, ¿qué señal nos muestras? Jesús respondió y les dijo: Destruid este templo, y en tres días lo levantaré. Entonces los judíos dijeron: En cuarenta y seis años fue edificado este templo, ¿y tú lo levantarás en tres días?

Pero El hablaba del templo de su cuerpo. Por eso, cuando resucitó de los muertos, sus discípulos se acordaron de que había dicho esto; y creyeron en la Escritura y en la palabra que Jesús había hablado. Cuando estaba en Jerusalén durante la fiesta de la Pascua, muchos creyeron en su nombre al ver las señales que hacía.

Pero Jesús, por su parte, no se confiaba a ellos, porque conocía a todos, y no tenía necesidad de que nadie le diera testimonio del hombre, pues El sabía lo que había en el hombre.

La novedad del mensaje de Jesús, como escuchamos en el evangelio de este tercer domingo de Cuaresma, es, que nos propone una nueva relación con Dios. No como la religión enseñaba, ese Dios que somete a los hombres, al que hay que hacer ofrendas, oraciones y sacrificios para que pueda dar sus bendiciones al ser humano, sino que Jesús, habla de un Padre con el que hay que tener una relación como la de un hijo con su padre. Una relación íntima cercana y sobre todo, un Padre que no pide nada al ser humano, sino que es el quien regala vida. Un

padre que quiere ser acogido en la vida de la persona por lo que no conoce otra morada en donde manifestarse que no sea la del ser humano.

Es en el evangelio de Juan, cuando Jesús ha hecho algo muy grave a los ojos de la gente de su tiempo. Ha llegado a Jerusalén, cercana la fiesta de Pascua y ha expulsado del templo a todos los vendedores y cambistas. Es un gesto muy importante pues significa la abolición del culto que se ha manifestado completamente incapaz, nocivo para el ser humano e incapaz de mantener la relación con Dios, pues el culto centrado en el templo de Jerusalén se había convertido en un gran negocio.

"Estaba cerca la fiesta, la Pascua de los judíos, y Jesús también subió a Jerusalén" La Pascua, celebraba la salida del pueblo de Israel de la esclavitud en Egipto, para llegar a ser un pueblo libre. Ya no se celebraba la liberación, sino que era una fiesta en donde a la gente se la explotaba aún más pues tenía que privarse de sus bienes para ofrecérselos a ese Dios que nunca estaba satisfecho con lo que los hombres y mujeres le ofrecían.

Cuando Jesús llega al templo de Jerusalén, lo que encuentra, es un gran negocio y no está de acuerdo con todo aquello. Expulsando a los vendedores de animales y cambistas está declarando la abolición del culto. Esta manera de entender la relación con Dios no tiene ningún sentido. Ahora propondrá una nueva y enseñará a la gente que Dios no necesita de nuestros bienes para que pueda regalarnos su vida. Al contrario, el Padre se adelanta a cualquiera de nuestras necesidades para que podamos crecer y desarrollarnos y alcanzar nuestra plenitud humana.

El gesto de Jesús no ha sido comprendido por los dirigentes religiosos. Al contrario, ha sido visto como un grave atentado en contra de la sacralidad de ese lugar y le piden credenciales "Que señas nos presentas para hacer estas cosas. Les replicó Jesús: -Suprimiré este santuario y en tres días lo levantaré. Repusieron los dirigentes: -Cuarenta y seis años ha costado construir este santuario y tú vas a levantarlo en tres días. Pero él se refería al santuario de su cuerpo" A los jefes religiosos no le importa el bien de la gente. Sólo quieren que Jesús demuestre su autoridad y en función de que ley ha hecho ese gesto y con qué derecho ha expulsado a los vendedores de animales y echado por tierra las mesas de los cambistas.

A la gente que controla el poder del templo lo único que le interesa es el interés por el dinero que se mueve en el recinto sagrado. Jesús declara acabada esa institución y por eso habla de su cuerpo como el santuario sabiendo que le va a costar la vida el gesto que ha realizado y sabiendo que una nueva relación con Dios significaba acabar con todo ese negocio relacionado con el culto. Por eso, hablando de su cuerpo como el santuario, la morada donde Dios vive, está completamente convencido que ningún tipo de daño que puedan hacerle puede impedir a Dios encontrar esa acogida en el ser humano, que como Jesús, está dispuesto a manifestar la calidad y riqueza de su amor.

Los dirigentes judíos le harán pagar caro a Jesús esta lección y no entienden de qué santuario habla. Piensan sólo en aquel gran recinto sagrado construido por el rey Herodes que era la gran fuente de ganancias para la clase sacerdotal.

Tampoco los discípulos podrán comprender este gesto de Jesús pues ha sido algo demasiado grande. Solamente cuando Jesús resucite de la muerte podrán recordar este gesto y podrán darle el valor que tiene.

Tampoco Jesús se fía de la gente que quiere darle adhesión porque creen que viene a reformar esa institución. Nada de purificar ni reformar como los antiguos profetas habían propuesto. Jesús ahora propone una nueva relación aboliendo la antigua. Dios no necesita de un lugar sagrado en donde manifestarse, sino que el Padre del cielo, como Jesús lo llama, quiere solamente encontrar en el ser humano la acogida para poder dar a conocer la riqueza de su amor y de su gloria.

Cuando se establece esta relación con Dios no hay necesidad de ofrecer nada, sino sólo acoger lo que él nos comunica y poder también así compartirlo con los demás. Ya no hay bueyes, ovejas, o palomas que haya que ofrecer al exterior, sino que ahora, lo que hay es la presencia del Padre en nuestras vidas que nos permite alcanzar nuestra plenitud humana.